

—Sí, así pensé hacerlo, pero el jefe me llamó al pasar junto a él, pensando que no había encontrado asiento y tuve que permanecer a su lado hasta que terminó la fiesta que, según dice, estuvo espléndida, todo el mundo dice que no se había visto nada mejor desde hacía mucho tiempo.

—Y tú, ¿por qué no te quedaste?

—Para qué?—respondió Carlos con marcada tristeza.

—¿No viste a Gabriela?

—Sí, sí la ví, ella fué la que no me vió, o mejor dicho, no quiso verme.

—No comprendo—replicó Marcelino.

—Pues ahora vas a comprender—si es que te tomas la molestia de leer esta carta.

Leyó Marcelino la carta y devolviéndosela a Carlos le dijo:

—Haces mal en decir eso a Gabriela; sin embargo, yo no quiero mezclarme en tus asuntos, has lo que te parezca.

—Ya lo creo que lo haré; mañana mismo estará la carta en manos de Gabriela.

## CAPITULO OCTAVO.

### UN MATCH DE BASE BALL.

Al día siguiente y como a eso de las once de la mañana se presentó el representante del «Iberia» con objeto de avisar a Manolo, Marcelino y Carlos, que el domingo próximo, es decir, cuatro días después de su aviso, tendría que sostener un torneo el «Ibe-

ria» con el «Invicto,» que la comisión de festejos había dispuesto que se nombraran como reinas de la fiesta a las mismas señoritas que habían tomado parte en el concierto, que como él había aceptado la invitación a nombre de todos los miembros del partido, y siendo por otra parte absolutamente indispensable que este se esforzara por conquistar la victoria, desde luego encarecía que «toos» y cada uno pusiera sus cinco «sentíos» y que por ningún motivo deberían permitir los compañeros que Marcelino dejase de tomar parte en el torneo. Carlos, que a la sazón se hallaba presente, y que al fin había enviado la carta a Gabriela, tomando la palabra, se expresó en estos términos: Yo, con toda franqueza digo a Uds. que no tomo parte en el juego; me siento enfermo, no tengo fuerzas y no quiero servir de estorbo. Por lo que se refiere a Marcelino, haré lo que esté de mi parte para que por esta vez no se niegue, pues no hay razón ni motivo para que falte, ya que yo no voy. Manolo, que no quería ser el único que de aquel establecimiento tomara parte en el juego, dijo de pronto:

«Si Marcelino o Carlos no entran en lista, tampoco entraré yo.

El representante, que no gustaba de perder el tiempo en tonterías, fuese derecho al jefe del establecimiento que a la sazón llegaba, y sin preámbulos de ninguna especie le indicó que era preciso que interpusiera su



influencia para que Marcelino tomare parte en el torneo.

—«Descuida, hombre, yo te prometo que el chico será de los vuestros, aun que a mí me agradaría más que se tratase de una corrida de toros—y agregó que a él no le simpatizaba ni entendía nada de tal juego

Llegó por fin la fecha en que debería celebrarse el match. Serían las tres de la tarde cuando llegaron acompañadas de sus respectivos chambelanes las encantadoras señoritas que deberían presidir como reinas de la fiesta, atrayéndose un murmullo de admiración de todos los circunstantes tan luego como hubieron descendido de los autos que habían sido previamente engalanados para conducirlos. Dió principio el match a las cuatro en punto de la tarde, el que como todos los de su índole, estuvo lleno de incidentes y peripecias; pues que cuando no resultaba uno de los chicos magullado, otro sufría una fuerte caída y el que menos, sufría un golpe y el de más allá un empellón. Tanto los de un partido como los del otro, hicieron todo lo posible por conquistar la victoria, y que como justo y merecido premio a sus esfuerzos, recibieron cada uno de ellos un vistoso premio de manos de las señoritas a cuyos pies fueran a arrodillarse para recibirlos, y que consistían en ramilletes de flores artificiales o bandas de seda con diversas inscripciones

Marcelino, que no fué por cierto uno de los que más se distinguieran, tal vez por ha-

berse sentido fatigado, tuvo al fin, cediendo a la fuerza, que presentarse en el palco a objeto de recibir el premio. Ajeno estaba en verdad el mozo de suponer que Gabriela había arreglado las cosas de tal suerte, que a Elvira sería quien tocase prender sobre su pecho un precioso ramillete. Así que tan emocionada y nerviosa se hallaba la bella niña que no le fué fácil prender el dicho ramillete sobre la gruesa vestimenta que usan los jugadores, y como por dos veces se desprendiera el ramilléte, Marcelino que no estaba menos emocionado, dijo, sacando fuerza de flaqueza:

—Suplico a usted señorita que no se moleste, yo agradezco infinito el obsequio que recibo de Ud. sin haber hecho nada por mi parte para merecerlo

Elvira casi ni contestó al jóven, pero no cesó de mirarlo cuando éste, todo aturdido, descendió por las gradas del palco para reunirse con sus compañeros. El público quedó pues enterado de que la victoria había coronado las proezas de los del «Iberia» Esa misma noche, y para cerrar con broche de oro la temporada del festival a beneficio de los pobres, se daría un baile en honor de todas las señoritas y jóvenes que habían tomado parte en el desempeño del programa y sobre el cual daremos algunos detalles en el capítulo siguiente

